

HUMO

(UN MANUAL DE OPERACIONES)

*César I. Graciano**

—¿Alguna vez has operado un cigarro? —me lo pregunta y recuerdo que él estudia medicina y yo no.

—No, nunca. Es que no fumo —le contesto—, no sé.

—Cierto, cierto, no fumas. Pero, bueno, esto es conocimiento general.

Veo que en la mano tiene un cigarro partido por la mitad. Un accidente, me supongo. Es como un hombre cortado por la mitad: lo meterá a quirófano para salvar su vida. El caso es diferente, mi amigo tiene fuertes vínculos con su paciente, quiere que sobreviva para poder matarlo.

—Primero comienzas a quitarle poquito tabaco, pero lo menos posible, si le quitas mucho pierde su chiste, ya mejor lo tiras.

El cigarro está quebrado. Jack, mi amigo estudiante de medicina, lo traía en una bolsa del pantalón; cuando quiso salir a fumar se dio cuenta de que había que operar.

Jack siempre parece estar triste. Hay días buenos en los que saluda con entusiasmo y hace chistes, en los que me enseña cosas que poco me importan. Hoy es uno de esos días. Lo noto porque me quiere enseñar algo que jamás me será útil; quizá sí, pero lo dudo.

—A las dos partes les tienes que quitar tabaco, pero poquito.

Él está solo. Está solo y está triste. Vive aquí desde hace cuatro años, y eso le ha bastado para descubrir que si no hay melancolía hay dolor o

*César I. Graciano (Ciudad Juárez, 1994) es narrador, autor de *Cuentos únicos y secundarios* (UACJ, 2017). Fue incluido en la antología *Fuga de abismos* (Capítulo Siete, 2018).

una profunda tristeza que tiñe de azul los cerros, pero nunca hay alegría. Descubrió que la ciudad es la parte más agotadora del camino, un monstruo dentro del que se vive. En su ciudad natal no había tanto gris, no se fumaba tanto. Había gente a su alrededor. Aquí está solo, los que lo rodeamos por la noche nos volvemos polvo y piedra: está a la mitad del desierto y no hay nadie a su lado.

Él no es de aquí y se nota. El desierto le ha comido las esperanzas y le ha quemado la piel. Eso nos ha pasado a todos, pero estamos acostumbrados al pasar del tiempo lento y terroso, con tolvaneras que se llevan las ganas de estar aquí y se llevan las ganas de no estar aquí, dejándonos indiferentes. Aquí no damos la bienvenida, sino el pésame. Malaventurado el que al desierto quiera entrar.

Jack vino a estudiar, vino a convertirse en médico y trata de lograrlo, pero la tolvanera se lleva sus ganas.

—Si le quitas mucho tabaco es como si se te desangrara un paciente: se te va a morir...

Su familia está lejos, a miles de kilómetros. Sus seres queridos están del otro lado del desierto, y nadie lo cruza por temor a morir en el camino. Así comenzó a fumar, o al menos eso me contó algún día en nuestras horas muertas.

124

La soledad lo consumía, la soledad, el calor, el aburrimiento, los matorrales muertos. Decidió empezar a consumir algo. “Se fuma por soledad —me dijo—, solo por soledad”.

—Luego desdoblas y estiras con cuidado el papel, y lo mojas poquito con la lengua.

No tengo mucho de conocerlo, pero lo conozco como me conozco a mí. En el fondo somos dos tipos parecidos. Ambos estamos solos, a nuestra manera. Hace tiempo él tuvo una novia, nativa del desierto. Sé que la amaba mucho, que aún lo hace. Pero el desierto nos quita la eterna posibilidad de amar a alguien que no sea a nosotros. Jack no ha perdido la capacidad, su exnovia sí, y eso le pesa en el alma. Creyó, por un tiempo, que la soledad se disiparía, pero eso no pasó; ella se fue un día, lo abandonó y le confirmó su más grande temor: la vida es una sala de espera fría y vacía, donde lo único que aguardamos es que alguien entre y nos diga que estamos muertos.

Lo conozco, sé que fuma constantemente, hasta el punto en el que su presencia se relaciona con el humo. Que su familia está lejos, que su novia lo abandonó, que tiene cuatro años atorado en la soledad. Es parecido a mí, pero diametralmente diferente.

—Y metes el papel de la parte de arriba dentro de lo que quedó vacío de la parte de abajo.

Está terminando de explicarme y no le he prestado ni un ápice de atención. Jamás operaré a un cigarro.

Sé que en el fondo hoy tiene más ganas de llorar, aunque se le vea bien. A todos nos pasa, necesitamos vernos alegres frente a nosotros mismos para no soltar el llanto. Lo abrazaría. Hay algo en sus ojos que irradian melancolía que me hace querer darle un abrazo, sí, que lllore mientras le digo que todo está bien. En el fondo todos necesitamos a alguien. Pero no lo haré, él me ha dicho que no le gusta el contacto con las personas, me dijo que es un problema: no le gustan los abrazos.

—Ya por último te fijas que esté bien metido y lo usas. ¡Listo! La operación fue un éxito.

Salta de donde está sentado, me revuelve el cabello como algunos adultos lo hacen con los niños y se va a matar a su paciente.

Vuelvo a recordar que él estudia medicina y yo no.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.